II.

the distance de suppress et al l'éron de supris seque

DERECHO DE PRIMOGENITURA.

per services a leverage are algunes of progress designance

Conociendo todo Londres la enemistad de los dos hermanos, no podia ignorarla un criado de White-Mnor. El groom a quien se dirigió Lancester se quedó un instante indeciso; tan estraordinaria, tan imposible le parecia una entrevista entre el conde y su hermano menor.

Obedeció sin embargo, al repetirle Brian su òrden con tono perentorio.

Al cabo de algunos segundos volvió y condujo a Brian a la sala de recepcion.

En cuanto quedò este solo se dejó caer en un sillon. Un desórden espantoso reinaba en sus ideas. Lo que acababa de pasar en la casa de Wimpole-Street, las revelaciones de Susana, su pronta desaparicion, todos estos sucesos eran sobrado recientes para tomar en su inteligencia ese aspecto claro y comprensible que dan a las cosas de la memoria las reflecsiones de algunos dias. Sabia que un enemigo poderoso, mas que todo, por no poder dar nunca con él, le disputaba a Susana en aquel momento,

y venia a buscar en su hermano los medios de combatir y de vencer a aquel tenebroso enemigo. Su objeto era hallar a Susana y protegerla despues de haberlo hecho. Aun no habia encontrado los medios que lo conducirian al resultado que deseaba, ni tampoco sabía como convencer a su hermano para que le secundase.

Mas esto importaba poco por el momento. ¿No tenia en su favor sus cien victorias ganadas contra White-Manor? ¿No tenia en su favor la fatiga y el fastidio desesperado del conde, cansado de gastarse en una lucha contra la naturaleza, en la que la sociedad prevenida le atribuia todo lo odioso?

Mucho tiempo se había pasado sin que Brian de Lancester pisase los umbrales de la casa de sus antepasados. Las continuas disputas que desde la muerte de su padre habia tenido con White-Manor, le habian elejado de la casa de familia, propiedad esclusiva de su primogênito. No obstante lo preocupado que estaba por pensamientos que ninguna relacion tenian con las preocupaciones domésticas, Brian sintió que se apoderaba de su alma una turbacion grave y desconocida. Una voz, muda hacia muchos años, pareció designarle aquel noble cordon de austeros retratos de familia que cubrian las paredes, esponiendo alternativamente las fieras miradas de sus padres y las facciones dignas, orgullosas y afables de sus abuelas difuntas; y aquella voz tartamudeaba en sus adentros reconvenciones mezcladas con el nombre detestado de su hermano. adart anglesora agalasatsa da asang sangatana

Brian tenia el alma de un caballero, bajo la estraña capa de atrevido escepticismo en que se envolvia para con el mundo. Tal vez se arrepintió. Su frente por lo ménos se dobló cual si hubiera tenido pudor en sostener las miradas convergentes de todas aquellas generaciones reunidas, presentândose como lo hacia entre ellas con pensamientos hostiles a su sucesor legítimo, al heredero del nombre comun, al hombre que poseia el título trasmitido de padre a hijo, intacto y puro; al gefe de la casa, en una palabra, cuyo retrato esperaba un cuadro vacío para que figurase en compañía de todos aquellos venerados.

Acordóse que el difunto conde de White-Manor habia ecsigido al morir se estrechasen ambos hermanos en un tierno abrazo. Acordóse que la última palabra de su madre le habia ecshortado al amor y al perdon.

Su madre, cuyas benditas facciones, fijadas en el lienzo por un hábil pincel, parecia que le dirigian una amorosa sonrisa....

Por fin, se abrió una puerta lateral, y entró el lord de White-Manor apoyado en el brazo de su intendente Gilberto Paterson.

Entre el conde y su hermano habia una grande diferencia de edad, y esta diferencia la habian aumentado, al punto de cambiarla en contraste visible, el vigoroso temperamento de Brian y los escesos de White-Manor. El primero habia conservado en efecto en la edad viril algo de aquella gracia juvenil, de aquella flecsibilidad elàstica de los miembros, de aquella prontitud espresiva de los movimientos de la cara, que tienen generalmente los hombres jóvenes. Su naturaleza fisica estaba vírgen, por decirlo así, como su naturaleza moral; no habia sido encetada. Era jóven en apariencia y de hecho, mucho mas jóven sin contradiccion que esos lores de veinte años a quienes pone páidos el trote de un caballo y que reaniman mal que bien, con profusion de escitante, los apetitos

estinguidos de sus señorías estropeadas. Era buen mozo, fuerte y ardiente; detras de ese aspecto flemático que nuestras costumbres imponen a toda clase de fisonomías, habia mucho arrojo, mucho amor y alma. White-Manor por el contrario, era anciano ántes de haber pasado los límites de la edad madura. Su corazon, naturalmente egoista, se habia vuelto de màrmol: su cuerpo, robusto en otro tiempo, se doblaba bajo una prematura vejez. No era sin embargo, una de esas delicadas ruinas cuyo cuerpo minaron ostensiblemente la edad ò los escesos; que andan dobladas, acartonadas, débiles, tiritando de frio ó postradas por el calor, implorando de la multitud les deje sitio para sus trémulos pasos; lord de White-Manor habia conservado toda su estatura; andaba derecho aún sobre sus pesadas piernas, y su cuerpo estropeado disimu. laba sus pérdidas bajo los engaños hábiles de un trage fashionable. Pero un doloroso temblor agitaba su cara cada vez que daban un paso; su respiracion era corta y jadeante; bajo los artificios de su cabellera postiza se percibian algunos cabellos blancos, aunque raros, sembrados acà y acullá en un cráneo desnudo, surcado de arrugas, con reflejos sin lustre y como emplomados; sus ojos se apagaban bajo sus párpados enrojecidos, y tenia esa palidez espantosa de los apopléticos, que cubre con esas manchas lívidas el ardiente bermejo de las megillas.

Era en cierto modo, una ruina de poderosa organiza-

A veces cuando la cólera le animaba y deslefa la san gre condensada que obstruïa sus venas, volvia a encontrar por un instante su antiguo vigor; aun podia destrozar un mueble, anonadar un hombre en el furor salvage de sus arrebatos.

Pero pagaba pronto y caro estos acaloramientos insensatos. Volviendo la vida súbitamente y con violencia a aquel cuerpo usado, helado, ecsánime, le abrumaba con su formidable choque.

White-Manor caía entónces como una masa inerte, ó bien si era menor el golpe, su cerebro herido se embotaba en una especie de embrutecimiento que tenia en parte los carácteres de la imbecilidad, y en parte los de la locura.

Su porvenir estaba comprendido, y él lo sabia, entre los estremos amanazadores de este implacable dilema: la apologia ó la clemencia.

Cuando miraba delante de sí, veíase paralítico ó loco sin verse mas que de este modo.

Al llegar cerca de Brian el conde que se acercaba lentamente apoyándose como hemos dicho en el brazo de Gilberto Paterson, levantóse aquel para inclinarse con la mayor ceremonia. El conde le volvió el saludo tratando por el contrario de fijar en su cara una espresion de cordial bondad.

Estos dos hombres desempeñaban otra vez papeles contrarios. El poderoso temblaba, el débil tenia la seguridad. El primogénito, el gefe, poseedor de una fortuna inmensa, tenia miedo de su hermano menor, que nada poseia en el mundo.

Y esto en Inglaterra, donde la gerarquia de familia es una verdad, donde la riqueza es el trono, el cetro, la corona.

Ambos hermanos quedaron un instante inmóviles, contemplándose en silencio.

La cara de Lancester respiraba gran frialdad y altaneria; la del conde tomaba una apariencia cada vez mas benébola y sumisa, pero se hubiera engañado completamente el que hubiese juzgado de sus mútuos pensamientos por estos síntomas esteriores.

El corazon de Lancester sentia la compasion, una compasion sincera y creciente. El conde de White-Manor estaba mucho mas malo que de ordinario; llevaba aún en su figura los tristes vestigios del último ataque que le habia precipitado hacia dos noches en el piso del lord's-corner, en la habitacion de Mac Farlane. Sus ojos, que querian sonreir, conservaban una mirada fija y estupefacta. Toda una mitad de su cuerpo, indócil al movimiento de su cuerpo, se arrastraba casi inerte, como si esperimentase los primeros ataques de una paralísis.

Brian no pudo observar sin dolor el funesto cambio operado en su hermano desde la última vez que le habia visto de tan cerca hacia ya mucho tiempo. Los estragos eran tan palpables, la ruina se manifestaba tan patente y adelantada, que Brian no pudo reprimir un gesto de compasion. La voz de la sangre, que habia oido un momento ántes en sus adentros miéntras esperaba la llegada del lord, habló de nuevo y mas enérgicamente. Hubo un instante en que estuvo para tender los brazos a su hermano.

Pero una cierta espresion de odio que apareció furtivamente en la fisonomía de White-Manor, bastó para detener a Lancester, que volvió a tomár su gran frialdad y esperó.

El alma del conde no encerraba mas que aversion profunda, deseo de venganza, odio implacable y sin límites. Tambien le habia entristecido a el profundamente el aspecto de su hermano; tambien esperimentaba el una amarga sorpresa al contemplar aquellas facciones que hacia largos años no habia percibido sino de léjos, para huir de ellas cual si le representasen la guadaña de la muerte. ¡Mas qué gran distancia habia entre su sorpresa y la de Brian!

El conde hubiera querido hallar a su hermano aventajado como él, helado, estropeado como él, mas que él. ¡Y
le volvia a ver jóven como siempre, fuerte, lleno de sonrisa y de vida! ¡No insultaban aquella fuerza y aquella
sonrisa a su completo deterioro? ¡No se mofaba aquella
juventud de su prematura vejez? ¡No hacia un supremo
ultraje aquel hombre sano, así en su cuerpo como en sus
facultades intelectuales, viniendo a ponerse frente a aquel
valetudinario amenazado de locura?

¡Esta última accion era sin disputa digna de las otras todas! El ardiente perseguidor queria gozar de la agonía de su víctima; el heredero venia a computar los dias, los pocos dias que quedaban entre él y la posecion de incalculables riquezas, de los palacios de White-Manor, de los parques, de los estanques, de las florestas de White-Manor, del nombre, del título, de la dignidad de par.... ¡de todo!

¡La muerte sola de su hermano podia asegurarle tan grande herencia! la muerte aparecia con sus horrendos síntomas en todo el cuerpo del conde. Sí, él mismo sentia que llegaba a su término. Especialmente veiase acabar aquel dia, pues comparaba su debilidad con el vigor de su hermano.

Brian se presentaba a él mas robusto que nunca. Parecia hacer alarde de su salud de hierro; pues arqueaba su cuerpo elegante y fuerte, ensanchaba su hermoso pecho, y su continente todo parecia espresar estas palabras:

-No os deis prisa, hermano. Morid, con calma....q

¡Odioso pensamiento! White-Manor no pudo tenerlo y conservar al propio tiempo aquellas falsas apariencias de hospitalaria benevolencia, que se habia esforzado en ofrecer a Brian al pronto.

Su odio dominó y brilló en su mirada, mientras que una amarga sonrisa levantaba y hacia temblar los estremos de sus lábios.

Cualquiera que conozca los mas vulgares secretos del corazon humano, comprenderá la inmensidad de aquel odio. Brian le habia atacado, Brian le habia vencido.

—¡Siendo su heredero!

Este, con su frialdad acostumbrada, seguia con una especie de curiosidad despreciadora los esfuerzos que hacia el conde para cubrirse de nuevo con la máscara de hipócrita benevolencia.

Poco a poco perdia hasta el recuerdo de su primera compasion, y no hallaba dentro de sí mas que pensamientos hostiles. De modo que en aquellos segundos de mútua observacion y sin que se hubiese pronunciado ni una sola palabra, ambos hermanos se median como de ordinario, con mirada fija, cual dos enemigos que van a precipitarse el uno sobre el otro.

White-Manor rompió el primero el silencio.

—iQué me queréis, hermano? dijo con una voz un tanto afable que desmentia enérgicamente la espresion de su rostro;—venís a ver por vuestros propios ojos los progresos del suplicio lento a que me habeis condenado?....

Malo, muy malo estoy, Brian; alegraos.

—Milord, respondió inclinàndose Lancester, vengo a saber como está Su Señoría.... Siento encontraros en fermo.... En cuanto a la acusacion que me haceis, de ser la causa de vuestros sufrimientos, me parece que Su

Señoría olvida su antigua alegre ecsistencia, dándome al mismo tiempo un poder que no tengo.

La vibora que mata, señor mio, es oscura y débil: un niño puede despachurrarla con su pié.

Brian no pestañeó, y el conde sintiendo al instante se hubiese escapado aquella palabra a su rencorosa colera, tartamudeó con dificultad:

—Queria decir ... Pero entre hermanos no deben pesarse escrupulosamente las palabras.

—Así pienso yo, milord, dijo friamente Lancester. Entre hermanos que se aman todo puede decirse. Ruego, pues, a Su Señoría se esprese francamente.

White-Manor disimuló su turbacion bajo un gesto de enfermo, y a una señal suya le ofreció Gilberto un sillon.

-Yo he venido a hablar sin testigos a Su Señoría, contestò Lancester sentándose, y espero que estemos solos ambos.

White-Manor vaciló visiblemente. Su mirada pareció de nuevo poner en paralelo la fuerza de su hermano y su propia debilidad, y pintóse un pavor manifiesto en sus usadas facciones.

—¡Solos ambos!—repitió.—Gilberto Paterson, ese digno servidor, lanzò vuestros lacayos armados de látigos contra el hijo de vuestro padre.

-Fué una ocurrencia que siempre sentiré, tartamudeó el conde.-Gilberto fué castigado severamente.

—Pero no echado a puntapiés, interrumpió Brian, cuya voz libre y serena como siempre, no dejaba traslucir la mas pequeña porcion de la amargura que irritaba su corazon.—Milord, siendo vos, como es natural, el amo de vuestra casa, no debo ni puedo desaprobar vuestra predileccion por un servidor.... -¿Quereis que lo eche? dijo el conde con viveza.

—Por un servidor tan digno, añadió Lancester;—que lo echeis ó no, me importa poco, creedme:—pero el asunto que me trae aquí es grave.... muy grave.... para mí, milord, y para vos. La presencia de un criado me importuna.

El conde reflecsiono un momento: despues se levanto sin ayuda y dirigiose hacia la puerta de su habitacion diciendo:

-Seguidme, Gilberto.... Brian, vuelvo al instante, y estarémos solos.

Algunos segundos despues volvió en efecto el conde; pero, en lugar de sentarse como ántes enfrente de Brian, lo hizo cerca de la mesa que estaba en el promedio del salon, deponiendo ostensiblemente un par de pistolas sobre el rico tapete que la cubria.

—Esto os prueba, Brian, dijo con ese tono corto y abierto de aquellos que toman un partido decisivo,—esto os prueba que vamos a hablar séria y francamente. Que os detesto ya le sabeis; que os tengo miedo, es posible que no lo ignoreis. Creyéndoos capaz de todo, traigo conmigo estos dos testigos que, aunque son mudos, reemplazarán muy bien a Gilberto Paterson... Hablad.

Brian le lanzó una sonrisa de compasion.

—¡Ah! milord, dijo, ¡D. Quijote daba lanzazos a los molinos de viento! ¡Ménos insensato era que el quererme combatir a mí.... con pistolas!

-¿No conoceis que seria para mí una gloria sin igual el ser asesinado por S. S.?

--- Buena gloria! respondió el conde con aire sombrío No hay gloria para los muertos.

-Os aseguro por mi honor que preferiria esa muerte a

la de ahorcarme en una de las ventanas de vuestro palacio.... No, milord, no, vuestras pistolas no os salvarán de mis ataques, y tendreis que emplear otras armas para sostener la lucha, si no aceptais la paz que vengo a ofreceros.

—¡Còmo! esclamó el conde en un primer movimiento de esperanza ¿poneis fin a vuestra implacable persecucion, Brian?

Os dejaré en paz, milord,—respondió éste dirigiendo a White-Manor su mirada indiferente y altanera:—suponed que la voz de la sangre ha hablado, que estoy cansado de perseguir así a un hermano, cansado de combatir ventajosamente a un enemigo que no sabe defenderse; cansado en fin de enviar los desdenes de la sociedad entera al hombre que tiene el nombre venerado de mi padre...

—¡Ah!—hizo con desconfianza White-Manor, a quien la reflecsion volvia sus dudas;—vuestra manera de proponer la paz es bastante particular.

—Porque me parece que habeis llegado a los últimos límites de la miseria, milord. Porque, a pesar de estar convencido de que soy incapaz de volver a vos con los brazos abiertos, como se hace con un hermano, se me antoja usar ya de clemencia. ¡Habeis caido tan hondamentel ¡Estais tan avergonzado de ver quien sois! ¡Teneis tal pavor de oir durante el dia en vuestro trono esos penetrantes clamores del mundo que mi voz mitiga ó levanta, esos por la noche, en medio de vuestros continuos deserelos!.... Yo no soy un verdugo y quiero poner hoy un término a vuestros tormentos.

White-Manor se puso de color de púrpura. Cada una de estas palabras caia como un golpe de maza en su orgullo; esta compasion desdeñosa le abrumaba. Hubo un momento en que subió la cólera en dósis tan grande a su cerebro, que su mano se agitò involuntariamente mientras que su mirada se volvia con ansia hácia las pistolas.

Probablemente creyó Brian haber hablado lo bastante, pues tomó un album y comenzó a volver páginas con la mayor distraccion.

En este momento, se habia vuelto aquel hombre que hemos lanzado bruscamente en la escena al comenzar la relacion, aquel hombre frio, indiferente, poseyendo y llevando al esceso, esteriormente por lo ménos, la flema británica. Ningun pensamiento de amor se hallaba en él en aquel instante, para fundir aquella glacial cubierta.

Era Brian, el terrible perseguidor, que lo convertia todo en armas y heria sin descanso: Brian, el eccentricman raciocinando con la locura, marchando hácia un fin serio por vias estravagantes: Brian que, pobre y sin privilegios, habia puesto a sus piés a un Par del reino, protegido contra toda clase de ataques por formidable conjunto de leyes políticas, y tan rico por otra parte que su oro hubiera debido hacerle invulnerable entre nosotros, que consideramos este metal como un escudo mágico.

La cólera de White-Manor fué a embotarse y rebotar en cierto modo contra aquella flema vencedora. Pareciale imposible atacar a aquel hombre, que no suponia ni siquiera que pudiese atacarsele, y que desdeñando seguir los movimientos de un enemigo armado, concentraba su atencion en frívolos dibujos.

Las pistolas quedaron en la mesa, y el conde hizo un esfuerzo para dominar su indignacion.

—De modo que,—replicó despues de un momento de silencio,—venis a insultarme hoy por un resto de costum-bre y por la última vez.

Os engañais, milord,—respondió Lancester, que alejó el album para ver mejor el efecto de un cróquis;—yo no insulto a su Señoría. Solo sí espongo desnudas las tristes estremidades a que la veo reducida.

—Vos haceis, en una palabra, como esos tratantes que desprecian un género para que se lo den mas barato.

—No es eso precisamente.... el comercio no ofrece en mi concepto un objeto de comparación conveniente....
Yo desprecio, milord, para obtener mayores ventajas.

- -- Segun eso me proponeis un convenio disparatado?

—Una capitulacion, milord.... Vuestros antepasados y los mios ecsigian un rescate por sus prisioneros de guerra.

—¿Me permitis, ante todo, os presente el paralelo de ese cuadro, pintado con tan sombríos y hàbiles colores?

-Con el mayor placer, milord, respondió Brian, que dejò los dibujos y se dignó prestar la mayor atencion.

Es demasiada condescendencia de parte vuestra, replicó el conde, queriendo mofarse a su turno. Señor mio, yo soy muy desgraciado, es verdad, muy desgraciado segun vos; pero vos que tan alto hablais, ¿creeis por ventura que vuestra posicion es mejor? Miéntras mas miserable me juzgais, mas descubits la profundidad de vuestras propias miserias, porque la envidia es una confesion... un homenage! y vos envidiais mi suerte. Vos cuya prodigalidad bastaria para gastar una fortuna de rey, no poseis un farthing... al paso que yo soy Par del reino y millonario, señor mio... yo comprendo y adivino, no lo dudeis, el objeto de vuestra visita. Pero por el nombre de Dios, hermano, que aún viviré bastantes dias para ejerci-

tar terriblemente vuestra paciencia; y asì obrais prudentemente viniendo a proponerme la paz, como decis, y tratando de romper con esa tiste ecsistencia de hambre y de deudas que tanto tiempo ha llevais.... Mas siendo este vuestro fin, ¿no seria mas prudente quizà, que rogaseis en vez de amenazar?....

Brian no contestó al momento, como si hubiera querido dar al conde tiempo para que continuase su arenga.

—Milord, replicó por último, hay alguna verdad en todo eso y muchos errores. Yo soy pobre, y no pienso negarlo; pero el tiempo de las deudas se acabó, sin otra razon que por no tener ya mas crédito.

-¡Querriais hacerme creer que vivís de vuestro trabajo? preguntó White-Manor con sarcasmo.

-No, milord, yo nada sé hacer.

-Sin embargo, vivir....

Aunque disguste a su Señoría. Pero no pido dinero
 prestado; me lo dan como lismosna.

—Cómo! esclamò White-Manor, saltando en su sillon, ¡será posible que a tal punto haya llegado vuestra locura? ¿habeis olvidado el nombre que teneis, al estremo de mendigar?

—Milord, interrumpió Brian, permitame su Señoría que le recuerde está prohibida la mendicidad, incluso a los hermanos menores de los miembros del alto Parlamento, en cuyo favor ecsigian en mi sentir, una escepcion la sana razon y la humanidad... Yo recibo las limosnas sin pedir... ¿Pero no juzgais como yo, que las palabras sobran y que ya es tiempo de llegar a las obras? Sea por uno, sea por otro motivo, yo vengo a ofreceros la paz; ¿la aceptais?

-Segun el precio en que la estimeis.

and present metalogic content of the content of the

va avado rendia estendar a Varsua Sonada y Interio

-201 of la har to easy ones is an establish his are a order

lumns was superiorities to the pour a secure dat parties

-¿El precio?.... repitió Brian. as chasmeldires to

Vaciló. Es evidente que esta salida le sorprendió.

-Qué queréis? preguntó de nuevo el conde.

-Alrend, replice per flume, hay algens verded on to-

-(Querrials hacerms creerque vivis de vuestro trabajo?

-Como! explamo White-Medor, so itando en su sillon.

seed posible que a tel punto have llegado vuestra becura!

chabeis olvidado el nombre que tencis, al estremo de men-

que le recuerde está prohibide la mendicidad, incluso a

mornes su pedie. .. Pero ne jergas como ye, que las

paintees sobied y que ya es trempo de llogar a ins obras?

See por une, sea per one motivo, vo venco a of occios is

pregnino White-Manor compareasmo.

No, milord, vo nada se hacer.

-preside; me le dan como lismosne.

do eso y muchos errores. Yo soy pobre, y no pienso ne-

-Milord, respondiò en fin Brian, con voz lenta y grave, no sé esactamente lo que necesito... pero necesito mucho oro ... ¡quiero la facultad de tomar en la caja de vuestra Señoría lo que me cumpla... y cuando me convenga, milord!

III. sing a of our saint catour.

aintenness alleged appended y salared larger by of

PIEDAD, HERMANO!

Al oir esta ecsorbitante peticion, quedó el conde un instante estupefacto. Despues miró a su hermano con atencion, como para buscar en su cara una esplicacion sensata de aquellas estravagantes palabras. Mas no debió satisfacerle este ecsàmen, porque las facciones de Brian, serenas y resueltas, daban mas gravedad a su proposicion.

- Pero, es pedirme toda mi fortuna! esclamó por fin el conde con mas admiracion que cólera; es imposible pueda yo acceder à tal desatino.

—Milord, es en efecto toda vuestra fortuna, respondiò Brian; pero tal vez, pensadlo bien, me limitaré a la cuarta parte.... a la mitad.... ¿quién sabe?.... En cuanto a la esperanza que su Señoría supone imposible, nunca, bajo mi palabra, nunca tuve una mas real y mejor fundada....

Despues de detenerse un instante volvió a hablar así con tono sencillo, bajo, pero firme: